

Director:
ANTONIO GIBELLO
Director en funciones:
FELIX MARTIALAY

Madrid,
Viernes, 26 de marzo
de 1976

32 páginas 10 pesetas

Depósito legal M.19-1958

EL ALCÁZAR



ORGANO DE LA CONFEDERACION NACIONAL DE COMBATIENTES

Edita: Diarios y Revistas
S.A. (DYRSA)
Dirección, Redacción,
Administración y Publicidad:
Calle de San Remedio, s.n.
(entre Albasanz y Julián
Camarillo), Madrid - 17
Tfno: Redacción: 204 80 90
Publicidad: 204 66 96

Para información y garantía de sus
lectores y suscriptores.
EL ALCÁZAR
mantiene el control de sus tiradas.



SOBRE TESTA POLITI DE FRA

LA DUQUESA DE FRANCO EN UNA ENTRE- VISTA DE ALFONSO PASO

(Páginas 7 a 10)



MIRAN en el sereno recuerdo FRANCO del Caudillo

Entra en mi despacho y, debajo de unos papeles, encontrarás un bloc. Escríbeme. Era su testamento! Me ordenó hacerlo, cuando...



MIRAN ustedes: yo no creí que lo conseguiría. Yo no pensé que Carmen Franco, Duquesa de Franco, iba a recibirme ni a concederme una entrevista. Pongamos por un lado, el principal, su serena generosidad. Por el otro coloquemos la intervención de buenos amigos. Yo iba a buscar siete, ocho o diez preguntas que se me antojaban en estos momentos necesarios. Yo iba, sobre todo, a buscar la verdad y nada más que la verdad sobre el testamento político de Francisco Franco, que algunos ponen en duda, que otros reputan como falso. Mi labor como entrevistador era doble, pues. Decirle al pueblo lo que había de cierto o incierto en el asunto y hacer una serie de preguntas a una ilustre dama. Carmen Franco ha heredado, seguramente, de su padre, la emotividad. Y de él ha heredado una de las más preciosas cualidades que adornaron a nuestro jefe de Estado: la serenidad, el sosiego. Está frente a mí y a cada pregunta responde como quitando importancia y siempre, constantemente, con los ojos húmedos. Y siempre, constantemente, con una lágrima en los párpados que trata de no traducir en la voz. Sólo al final se le quebrará la voz y el periodista no hará más preguntas. Por respeto, por admiración.

na un ro- so- la- Un- at- ul- di- que

« Al conocer el riesgo faltal hizo todos los planes para que la muerte no le cogiera de improviso. »

« Patriota a ultranza hasta los defectos de los españoles le parecían positivos. »

« Siempre buscaba una disculpa a las motivaciones de las gentes. »

« En la parte humana si se confiaba un poco a mí; pero no me ha hecho participe exclusiva de ninguna decisión que afectara a los problemas de Gobierno. »

« Poseía una tremenda humanidad y disculpaba con una vaga sonrisa lo que los demás no querían disculpar. Era todo lo contrario de un intransigente. »

« Era un hombre sencillo que rehuía las frases decisivas. »

(Viene de la pág. anterior)

—Señora Duquesa: usted no se acordará de que cuando yo estrené mi primera comedia, presidió, en el Teatro Infanta Beatriz, en el palco de honor, la representación. Fue algo muy emotivo para mí. Mi obra se llamaba «Lu tic-tac de reloj».

—No lo recuerdo bien. Pero de todos modos soy muy aficionada al teatro y siempre que he podido, he asistido a esa clase de espectáculos y, naturalmente, —¡como no!— he visto algunas obras suyas. De esa que me habla no me acuerdo.

—Se ha dicho que el Caudillo tenía una preferencia especial por usted hasta el punto de confiarle alguno de sus más íntimos secretos. ¿Es cierto?

—No. Era un hombre que ni aún con su familia, las cosas suyas de Estado no solía comentarlas. Lo que sí es cierto es que en la parte humana y en lo que toca a sentimientos familiares sí se confiaba un poco a mí. Pero yo creo que eso siempre ocurre entre padre e hijo. Y en ocasiones, es completamente cierto que me ha pedido que le hiciera alguna cosa que él no podía hacer, y a mí misma me sorprendía cuando me elegía para estas cosas cuando tenía gente de gran confianza, pero supongo que lo haría por ciertos convencimientos interiores. Era hombre, como usted sabe, que tomaba las determinaciones sin que nadie lo supiera y sólo después descubríamos que casi siempre había elegido lo mejor. Pero quiero insistirle que, en general, no me ha hecho participe exclusiva de ninguna decisión que afectara a los problemas de Gobierno. Muchas veces la gente, cuando papá vivía, me contaba inquietudes y problemas para que yo se los hiciera llegar. Yo le decía siempre: «Te cuento esto para que estés informado». Papá no hablaba mucho y, desde luego, no había forma de mediatizarle. Por supuesto, ni la gente que tenía alrededor ni su familia. Papá, cuando yo le hablaba de lo que querían los demás, me escuchaba atentamente. Al final decía: «Gracias, hijas». Y nadie sabía que decisión iba a tomar. Unicamente esta última vez en que ya no podía levantarse de la cama, me requirió de una manera más intensa. Papá era muy secreto y muy suyo.

Cada vez que Carmen Franco dice papá tengo que apretar los labios para no soltar un cascual de lágrimas o no sumirme en un terrible melancolía. Era papá, dicho por Carmen, lleno de sencillez, me llega al alma, me tortura y me hace ponderar más lo que hemos perdido.

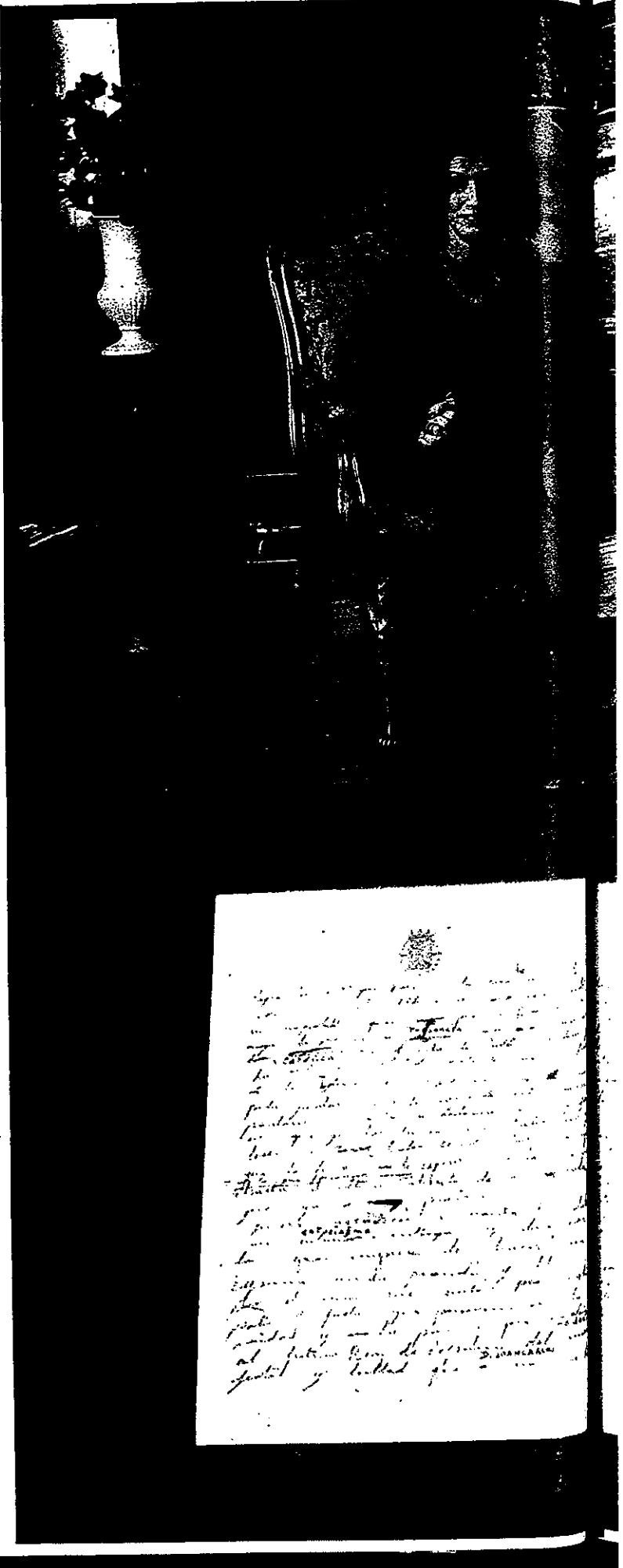
TODO LO CONTRARIO DE UN INTRANSIGENTE

—¿Qué virtud estimaba más en su padre?

—Yo pienso que era muy comprensivo con las debilidades ajenas. Así como nosotras, mamá y yo, nos indignábamos por cosas que pasaban, él siempre buscaba una disculpa a las motivaciones de las gentes. Se me antoja que era eso que ahora llaman humano. Poseía una tremenda humanidad y disculpaba con una vaga sonrisa lo que los demás no querían disculpar. Era todo lo contrario que un intransigente.

—¿Recuerda usted alguna figura histórica por la que sintiera predilección su padre?

—Pienso que tal vez, Carlos I, el emperador. Yo le acompañé la primera vez que fuimos a visitar Yuste, que en aquella ocasión estaba medio derruido y ya allí demostró con pocas palabras su admiración por Carlos I. Y en algunos capítulos de sus Memorias, sobre todo en los primeros, aquellos que tratan de su infancia y su primera juventud, declara que cuando él llegó, contando catorce años, a la Academia de Toledo, lo que más le impresionó fue la inscripción que hay en la estatua del emperador: «Quedaré muerto en África o entraré vencedor en Túnez». No olvide usted que mi padre fue siempre un militar y tenía un concepto militar de la vida. Por ello esa voluntad de vencer o





morir le impresionó de niño y yo creo que le ha impresionado siempre. Otro detalle más: cuando en Toledo se hizo la exposición del emperador Carlos I, se quedó largo rato contemplando el mapa en el que constaban todos los viajes del emperador, sus luchas y sus batallas. Luego se volvió a nosotros y pude advertir en su cara un gesto de satisfacción. Sin duda fue el emperador Carlos la figura histórica preferida por papá. Así al menos lo entiendo yo.

—¿Le dijo alguna vez su padre una frase inolvidable para usted?

—No recuerdo ninguna frase por encima de otras. Fíjense usted que mi padre era ante todo un hombre muy sencillo que rehuía las frases decisivas y que tenía un extremado pudor para pronunciar cosas definitivas. Si recuerdo algo era su enorme sentido del humor que muchos españoles no han valorado suficientemente.

—Dígame, Carmen... ¿Cuál era la visión que usted, como hija, tenía de su padre?

—En mi primera infancia, cuando yo era una niña, recuerdo a mi padre mucho más alegre que luego, cuando tuvo la responsabilidad de gobernar España. Cristóbal, mi marido, dice que papá era muy callado, y en mis recuerdos de niña hay un papá hablador, comunicativo, que muy pocos han llegado a conocer. Toda mi familia insiste también en su alegría cuando todavía no era Jefe de Estado. Mamá, la tía Pilar... Todos dicen de él que en ocasiones resultaba demasiado hablador. No cabe la menor duda que las responsabilidades del Estado le hicieron más hermético y menos jubiloso. Y pienso que eso es lógico. Lo que sí le puedo contar es una frase que él tenía siempre en los labios refiriéndose a su juventud. Decía: "Cuando yo era persona...". En el momento que fue Jefe de Estado no se consideró una persona. Es curiosa la entereza y la fuerza con que aceptó todas las responsabilidades de su cargo, se apartó del mundo y de sus cosas para concentrarse en el gobierno de España. Vivió para el país. A mí, en ocasiones, se me antojaba su vida la de un monje. Pero lo llevaba con una enorme alegría interior.

PATRIOTA A ULTRANZA

—Franco amaba a España y a los españoles. Los españoles son muy difíciles de amar. ¿Cómo lo consiguió?

—Recuerdo que papá se molestaba mucho cuando alguien delante de él decía que si fuéramos un pueblo sajón todo andaría mucho mejor. Defendía los valores hispánicos y las virtudes del pueblo español en todo trance y para la cosa más nimia. Yo, a mis niñas, que son otra generación, les advertía siempre: "No se os ocurra decir delante del abuelo que un coche extranjero es mejor que uno español no sólo le indigna sino que le hace daño". Poseía tal sensibilidad para lo español que para él, encima de todo estaba lo nacido en la patria y además solía explicarnos que el carácter español era, sin duda, el mejor carácter que se podía tener. Desde luego era un patriota a ultranza. Por ejemplo, destacaba al soldado y al campesino españoles por encima de los de otras naciones y lo razonaba con mucha congruencia. Hasta los mismos defectos le parecían positivos y juzgaba que en la mayoría de las ocasiones eran explotados por los demás. No veía en el espa-

ñol ni cosa mala ni cosa que no tuviera remedio.

—¿Se lamentó su padre alguna vez de no haber tenido un hijo varón?

—Al contrario. Lo mismo mi madre que mi padre convenían en que estaban encantados de haber tenido una niña porque suponían que les iba a hacer mucha compañía. Yo tardé bastante en nacer. Cuando vine al mundo papá era ya General y mi abuelo, el padre de mi madre, le decía: "Carmen, será mucho mejor que tengas una niña. La "Morita" le querrá mucho, porque estos Franco, con la fuerza que tienen y el vigor, si tienes un hijo se te ira a la Luna".

—¿Cuándo tuvo su padre el sentimiento de que se acercaba su muerte? ¿Le dijo algo?

—Últimamente no empleaba la palabra muerte. Yo se la he oído hace mis años. Pero últimamente dejó de emplearla. Es bien cierto que el primer día que se encontró mal, por un lado creía que podía salir, pero por otra parte hizo todos los planes para que la muerte no le cogiera de improviso. Por eso tuvo grandes discusiones con los médicos. El jueves, viernes y sábado del mes de octubre, advirtió a los médicos: «A partir del sábado pueden hacer conmigo lo que quieran. Hasta entonces yo me pertenezco a mí mismo». E incumplió los consejos que le habían dado de que se quedara en la cama e hiciera más reposo. Tenía la reunión previa al Consejo, la recepción al ministro de Asuntos Exteriores... Lo hizo por encima de todo. Pozuelo, el médico, le indicó: "Es demasiado riesgo, Excelencia". Mi padre preguntó: "¿Qué clase de riesgo?". "Riesgo vital". Mi padre se encogió de hombros y dijo: "Muchas gracias, Pozuelo". Y se fue al despacho. En esos tres días, catorce, quince y dieciséis, es cuando él comprendió que estaba en trance de morir. El sabía que el año anterior, cuando tuvo la tromboflebitis no le había fallado el corazón, pero también sabía perfectamente que estaba trabajando con un infarto de miocardio encima.

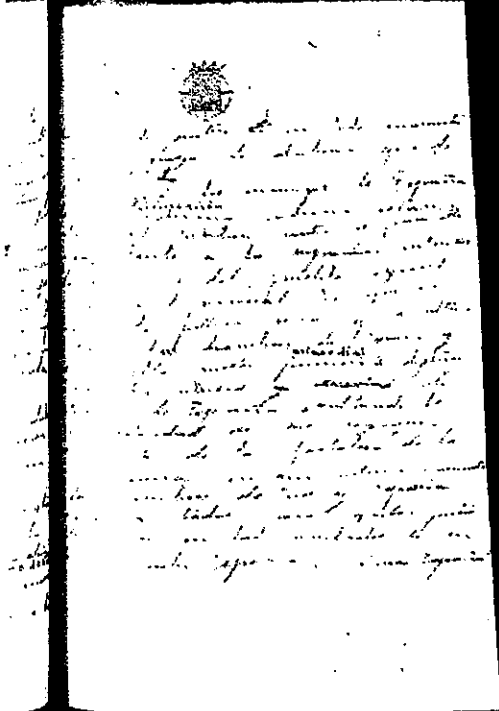
—¿A su juicio era hombre de buena salud?

—Sí; sobre todo poseía una gran resistencia al cansancio físico. Digería piedras y dormía apaciblemente.

TESTAMENTO AUTOGRAFO

—El testamento que legó a la Patria se lo dictó a usted. Algunos lo han puesto en tela de juicio. ¿Quiere decirme algo de esto?

—No me lo dictó. Lo tenía escrito. El día que él tuvo la crisis cardíaca por la noche yo había sellado con mi madre de compras. Mi madre me dijo: "Estoy preocupada porque esta noche tu padre no se ha encontrado bien. Tenía muchísima angustia. Llamó al criado que dormía en una habitación cercana, cosa que casi nunca había hecho. El criado preguntó que si le parecía bien que llamase a la enfermera". La enfermera, que solía estar en El Pardo desde que papá se puso malo, vino y observó que le había subido la tensión muchísimo. El criado dijo: "Excelencia... ¿Le parece bien que me quede?". Y mi padre contestó: «Sí». Eso fue precisamente lo que alarmó a mi madre. Mi padre jamás pedía ayuda y se bastaba sólo con



(Pasa a la pág. siguiente)





algo mismo. Cuando yo estuve junto a él le pregunté si quería que llamásemos al médico y me contestó afirmativamente. Sudaba mucho. Aquello estaba sucediendo la noche de un miércoles. El jueves los médicos diagnosticaron el infarto. El escribió ese testamento que conocen los españoles entre el jueves, viernes y sábado. El sábado aún se movía por El Pardo un poco. El domingo tenía el abdomen muy hinchado. El lunes tuvo otra crisis cardíaca. Debí ser el martes cuando, desde la cama, me dijo que fuera a su despacho y me ordenó que le pidiera la llave al ayudante. En el despacho de papá no se puede entrar. Ni siquiera él mismo. La llave la tenía un ayudante que es quien se encargó de abrir y cerrar esa puerta. Fernando Suárez cumplió esta misión. Lo que mi padre me dijo concretamente fue: «Entra en el despacho y, debajo de unos papeles, encontrarás un bloc. Tráemelo». Encontré el bloc junto con algunos papeles que le llevé también por si en última instancia me hubiese equivocado. Pidió quedarse a solas conmigo. Se convenció de que lo que le interesaba era lo escrito en el bloc. Y luego, con absoluta serenidad, me dijo: «Leelo, a ver si los entiendes». Papá tenía cierto pudor de su letra. Creo que les pasa a todas las personas de cierta edad y más si están afectadas por el Parkinson, como le ocurría a mi padre. El no pronunció la palabra testamento. Dijo, concretamente, despedida. Empecé a leer el texto y había algunas palabras que no las entendía. El me hacía corregir el texto con un bolígrafo. Me ordenó: «Cuando lo pases a limpio, rompelos». De este modo, en letra de imprenta y en la parte de encima, he señalado algunas palabras de él que podían quedar un poco confusas. Yo desobedecí a mi padre. No rompí el original de él. A papá no le gustaban las tachaduras. Cuando mandaba copiar un discurso hacía que le devolvieran el original y lo guardaba, o en algunos casos lo rompía. En fin, pasé el texto a máquina y luego se lo volví a leer a él. Lo único que me hizo corregir finalmente fue el párrafo en el que habla del futuro Rey de España. Mi padre precisó que detrás de esa frase fuera el nombre: don Juan Carlos de Borbón, y así me lo hizo poner. Después me añadió: «Punto definitivamente en limpio y si me pasara algo se lo das al Presidente. Si no, pues ya lo romperemos». Jamás pronunció las palabras «si me muero», o «después de mi muerte».

¡QUE DURO ES!...

—¿Durante su última enfermedad, recuerda alguna frase o alguna actitud que le impresionara especialmente?

—Las crisis cardíacas las aguantó con una enorme serenidad. Lo que más me impresionó fue cuando tuvo las hemorragias, que lo llevaron a operar a la enfermería del cuartel del Pardo. En aquellos momentos repetía incesantemente: «¡Qué duro es!... ¡Qué duro es!». A mí me daba la sensación que quería decir: «¡Qué duro es morir!». En resumen, que era muy difícil. Los cardiólogos, por darle conversación, le hablaban acerca de sus bodas de oro con el Generalato, que se iban a producir aho-

ra, en febrero. Un médico dijo: «Tenemos que celebrar eso, Excelencias». Mi padre miró al médico, sonrió tiernamente y dijo: «Si llego, claro».

—¿Tenía una absoluta esperanza al Caudillo en el porvenir de España?

—Sí. El no dudaba. Era un hombre de una gran fe. Cuando más preocupado le noté fue a raíz de la última campaña de Europa contra nuestra Patria, la que coincidió prácticamente con su enfermedad. El siempre resolvía los grandes problemas con un «Dios nos ayudará». En esta ocasión a que me refiero le vi francamente preocupado. Pero pienso que lo que le preocupaba realmente no era la campaña contra nuestra nación, sino la decadencia de Europa.

—¿Y la actitud del Papa, señora?

—No le afectaba demasiado. El tenía un concepto muy amplio y muy espiritual de la religión y la separaba siempre de la política del Vaticano. Algunos amigos, algunas personas le comentaban de la actitud de la Iglesia y él solía contestar muy brevemente: «La Iglesia temporal es una cosa y Dios y la religión son otras».

—¿Cree usted que durante la enfermedad sufrió mucho física y moralmente?

—A él le preocupaba que su enfermedad coincidiese con momentos en los que el país le necesitaba. Se lo dijo así a los médicos. Le desazonaba mucho ver que estaba

enfermo cuando había que tomar decisiones. Concretamente, cuando se puso enfermo dijo: «Tengo que ir al Consejo porque no quiero ser un problema más para España». Físicamente, cuando tuvo los problemas de tipo pulmonar sufrió mucho. Durante ese periodo solía quejarse con un gemido muy suave, pero si se le preguntaba si le dolía algo, respondía con firmeza que no. Luego, cuando se le aplicaron sedantes, los sufrimientos físicos decrecieron. Yo

insistí mucho en que esto se hiciera porque veinte días de agonía son francamente terribles.

—Por último, señora duquesa... ¿Cuál fue su situación personal ante la pérdida de su padre, y que es lo que siente ahora?

No se. Un vacío, como es natural. En casa, todo ha ido condicionado por la presencia de mi padre. Mis hijos iban a ver al abuelo, venían de ver al abuelo. Yo iba a ver a papá, venía de ver a papá... Verá usted: he estado una semana fuera, tal vez para tranquilizarme un poco. En Indonesia. Al volver aquí, a España, en el avión, yo no concebía llegar y no ir al Pardo a ver a papá.

Y se le quiebra la voz. Y por primera vez durante la entrevista tiene que apretar los labios para guardar un silencio. Tiene los ojos llenos de lágrimas y, sin embargo, la expresión afectuosa y sonriente. No voy a preguntar ni una palabra más porque soy un caballero y porque admiró la fortaleza de esta mujer. Sólo diré que he tenido entre mis manos el testamento político del Caudillo y que he sentido como el pulso me temblaba y cuarenta años de Historia se hacían vivos entre mis dedos.

Alfonso PASO

Fotos: Fernando GORDILLO

COPYRIGHT: «EL ALCAZAR»
Prohibida la reproducción total o parcial aún citando la procedencia.



CARMEN FRANCO

Durante mi infancia se mostraba más comunicativo. Las responsabilidades del Estado le hicieron más hermetico y menos jubiloso. Refiriéndose a su juventud decía: «Cuando yo era persona...»

Solía decir: La Iglesia temporal es una cosa y Dios y la Religión son otra.

No hablaba mucho y desde luego no había forma de mediatizarle.